

Suspiros de limeña, Episodio 1: Cuitas base 4

Milichine Ickx



Capítulo 1

Suspiros de limeña

Episodio 1: Cuitas base 4

Milichine

Título: Suspiros de limeña

Subtítulo: Episodio 1 Cuitas base 4.

Copyright © 2019 Milichine

Todos los derechos reservados.

Ilustración de portada: rebecacovers

Maquetado: Milichine

Primera edición: diciembre 2019

Inspirada en hechos reales.

«O sea que ni te gastes buscándole tres pies al gato, que a estas alturas ya debe ser jirafa o camaleón.»

Queda hecho el depósito legal.

«¿Depósito legal? ¿Qué es un depósito legal? ¿Había que depositar algo? No me digas que es en el banco, porque justo vengo de ahí, de sacar dólares de la cuenta, para cambiarlos a soles.

»iYo qué sé! Es una fórmula que se usa y punto.

»Ya pues no te ofusques. Es una curiosidad nomás. ¿Con esa falta de curiosidad de espíritu, has escrito una novela?

»iQué esto no es una novela! Eso ya lo discutimos en la primera página del libro.

»Bueno, libro, iya!

»El problema no ha sido escribirlo, sino ponerle un término contigo zumbándome al oído. ¡Qué manera de joder por la pitiem! Eso te viene de la vieja.

»iAhora te vas a quejar por el término? Si no fuera por mí, hubieras continuado hasta el año entrante. Ahora en vez de un libro, tenemos una saga. Gracias a mí.

»Bueno, ya córtala ¿no?

...y me gustan las gentes que son de verdad...

Julio Iglesias

Agradecimiento

Quiero agradecer a Alfredito, que está churrísimo. O sea, no por eso pues mongoloides. Ahí sí se avivan ¿no? ¡Al toque se ponen moscas!

No pues, o sea, yo quiero agradecerle porque se ofreció muy gentilmente a corregir mi obra. ¡Tremendo chambón se ha metido! Sobre todo con las comas. O sea que una más que corregía, y lo sacaban en coma. ¡Un desastre para una ex del Margarita Cabrera! Eso me pasa por leer tanto correo de la periferia. ¡Se te pega! ¡El cono se te pega! Purita Ley de la Atracción. Y después me dicen que no funciona. ¡Ahí está pues! ¡No va a funcionar!

Pero bueno, tuve la suerte de que Alfredito se ofreciera amablemente a tenderme la mano. A él, mi más profundo agradecimiento.

PREFACIO WATTPADIANO

Hola, soy Milichine, estrenándome como escritora indie acá en el WhatsApad. No, ¿cómo era? ¡WattApad! Me van a disculpar, pero soy nueva en esto. Ay no, que monga, si está ahí arribita nomás, ¡Wattpad! Estos gringos con sus nombres, ¡vaya una a saber qué cuernos significa! Con tal de que no haya un negro también circulando por ahí. Ya saben, el negro ese con su cosota que anda merodeando por el otro Whats-algo. Ese está más grave que el loco Chongüí. ¿Nunca oyeron hablar de ese loco? otro día se los cuento, prometido.

Les decía que me estoy estrenando en esto de escribir. No que nunca antes haya escrito. Claro que sí, harto incluso, ¿quién no? A menos que seas analfabeta, claro. Pero bueno, esa ya es una especie en peligro de extinción. Aunque yo llegué a conocer un par, allá por las Europas (□_□) sí pues, la culta Europa. Eran la mamá y la abuela de dos amigas, una española y una belga. Por aquí en cambio nunca he visto. Sé que abundan por la periferia, pero nunca me he cruzado con una. ¡Ah no! miento. Estaba la empleada esa que teníamos en casa cuando era chica, que nos paraba asustando a mis hermanos y a mí con las historias del Chaqranko, que era una especie de Cuco de por ahí, de por su pueblo. De horror eran sus historias. Destrozarían acá en los premios Watty.

Irónico ¿no? O sea, estos analfabetos se conocen un montón de historias, como para escribirlas, y no saben escribir. Como las historias del tunche allá en la selva. El tunche es un diablito travieso que cuando menos lo piensas, ¡zas! se te mete en el cuerpo y te hace hacer mil diabluras. Cómo sacarle la vuelta a tu enamorado, por ejemplo. Y claro, como todo el mundo allá cree en el tunche ese, todos van por ahí, cornudos y de lo más contentos. Porque no te vas a picar pues. Total, si hoy te sacan la vuelta, mañana se la sacas tú, y después le echas la culpa al tunche, y todos contentos. O sea.

Y justamente hablando del tunche es que les traigo mi última novela. O sea, no la última pues, si recién estoy comenzando. ¿No les dije que soy nueva en esto? bien mongas ¿no? Si soy nueva, tiene que ser la primera, ¡obligado! Pero también es la última pues, si acabo de terminarla. O sea que es la primera, pero también es la última. Pero no es la última última pues. Sólo es la última por ahora. Yo sé que me entienden.

Y les decía que, justamente hablando del tunche, porque es una salida del clóset. O sea, la mía. Porque escribo en primera persona pues. ¿No ves que soy nueva? Ya después lo haré en segunda, tercera y hasta en retro si hace falta. Pero por ahora que estoy comenzando, tiene que ser en primera, de otro modo no hay forma.

Así que normal no más, me toca salir del clóset. Pero no ese clóset. No en el que todas están pensando. No ese clóset que está de moda. De ahí ya salieron todos. Incluso los que no han estado. De ahí te salen hasta por chancay de a medio. O sea.

No, mi clóset es otro. El de ahí, cerquita nomás, del otro lado del cuarto. Del que no quiere salir nadie. O sea, ninguna mujer. Por qué es clóset de damas pues. Que los hombres se cambian ahí afuera nomás, sin roches, más bien hasta hacen gala. En cambio, las mujeres, nelson. Claro, se entiende. Es una cuestión de reputación pues. Y a ninguna nos gusta que nos despojen del prefijo y el sufijo. Porque que te los quitan, va de fijo.

Aunque ya he visto por ahí salir a algunas. Sobre todo aquí, en el Watt'sapad o como se llame. Pero es una salida del clóset así, de mentiritas nomás. O sea que primero se victimizan, se hacen las mártires, y sólo después, cuando ya están bien golpeadas, ¡ZUÁCATE! le clavan las banderillas al animal y todo el mundo aplaude. Así no es pues. Así cualquiera. Además, las mujeres solemos ser más sutiles, ¿o no? Al menos las que no somos sumisas.

Pero ni siquiera es creíble. Porque, a ver, una mujer así, de esas sumisas que se dejan maltratar, ni fregando van a venir un día a clavarle las banderillas al animal. No una sumisa. Esa no se las cree ni su abuela. ¿No han estudiado psicología o qué? Porque si no han estudiado, les puedo recomendar un programa de coaching regio, con mi famosa coach argentina. En seis meses obtienes el diploma internacional y listo, sin tanta macana burocrática y ocho cuartos, ¡Profesionales del Siglo XXI!

Así que aquí les traigo mi primera novela en primicia para el WhatsApad. Pero sólo los primeros capítulos, que el embajador robot me dijo bien claro que señalara esto. Que chistoso ¿no? Aquí tienen hasta un embajador robot, que te habla y todo. Y te da las instrucciones de uso para que no estés en la calle. ¡De luxe! El embajador me dijo que dejara bien claro esto, para no crear falsas expectativas. O sea que publicaré toda la primera parte de la novela, dividida en siete entregas, cada miércoles. Pero si no quieres esperar a la entrega siguiente, puedes conseguir el libro haciendo click en el vínculo externo de esta publicación.

* El texto tachado no es de aplicación en esta versión.

Capítulo 2

Introito

Sí, ya sé, «no se estila, yo sé que no se estila, que te pongas para cenar, jaz...» ¡euh! No, ese es el tango, ¿o era vals? O sea que lo que no se estila es el introito ese, en una novela como esta.

«¿Novela? ¡esto no es una novela!...

»Bueno, el cuento.

»Tampoco es cuento... trata sobre mi vida. En todo caso sería un cuentazo. Pero no como los de Alan, ¿ah? O sea, no un cuentote, gordote y grandote con arrimada de pianote, sino más bien un cuentazo, largazo e importantazo, como... como... como la Avenida Javier Prado.

»Bueno, quedemos en una narración, un relato.

»Tampoco se estila ahí un introito. Eso está bien para un trabajo más serio, tipo tesis universitaria. De treinta páginas como máximo para que el profe no se duerma.

»Bueno, pero tampoco le va preámbulo. Esto más bien es un primer acto, una presentación. El lugar donde el autor presenta a los personajes.

»O sea, pedazo de paparula, la autora soy yo y el personaje soy yo, esto es algo medio completamente semiautobiográfico, ¿entiendes?

»¿Memorias?

»Pero del orto.

»Bueno, lo que sea, después de todo es un e-book y ahí no hay nada que se estile, nada así tipo tradicional, porque es algo nuevo. Así que introito y pasemos al acto.

»Ah sí, ahora me acuerdo, era vals.

Me llamo Milichine y como Forrest Gump, eso es todo lo que tengo que decir sobre eso. O sea, sobre mi nombre, no sobre el introito presentador este.

«Por si acaso Milichine se pronuncia en francés, o sea no es MilichinE, sino

más bien Milichin-e, con la e muda francesa al final.

»No sé por qué estos pestíferos franceses le dicen e muda, si al final sí se pronuncia.

»Como parte de la n, pero se pronuncia.

»O sea que tampoco es Milichín, sino más bien Milichin-e.

»De oficio que los que adquieran la versión audiolibro no tendrán todas estas comillas, pues ellos escucharán la pronunciación correcta.

»Porque esta vaina también se publicará en versión audiolibro ¿qué se creen? No porque no sepa si es novela o relato, una va a dejar de explorar todas las posibilidades que ofrece la tecnología moderna para comunicarse.

»O mejor sí.

»Digo, las comillas.

»Así vendrán a manera de bonustrack y estará justificado su mayor coste.

»O sea, porque tiene que costar más pues. ¿No ves que además de escribirlo, tengo que leerlo? ¿y dramatizarlo?

»Simple ley del mercado.

»Digo, de mí amiga Mercado, que del otro mercado no conozco ni michi.

»Aunque me encanta hacer la finta.

»Como que te da un aire así... como más profesional ¿no? Yo me entiendo.

»Por eso lo he puesto con mayúscula pues, porque es un apellido y los apellidos van con mayúscula.

»Parece que ya me hice bola.

»¿iO tangoi? Pucha, no me acuerdo.

Soy una limeña de mediana edad. O sea, de base cuatro más o menos. Y eso es todo lo que tengo que decir sobre eso. Porque a las mujeres no se les pregunta la edad. A las limeñas por lo menos, que no sé cómo harán las arequipeñas o las argentinas. O sea, ni siquiera en una novela, relato o cuentazo como éste, que trata sobre la crisis de la edad. De una cierta

edad por lo menos.

Soy morochita «de fina estampa, que sonriera bajo un sombrero». También sonrío bajo un pañuelo y adoro las vinchas, a veces me pongo mis lentes de sol DG en la cabeza, así a manera de vincha y dejo mi pelo suelto alborotarse ahí detrás. Mis amigas me dicen negra, pero es de cariño... supongo. Tengo una divina melena ensortijada, que siempre plancho porque es a la moda. A menos que seas lacia, claro. Mi carita es más bien agraciada... para algunos... tirando para chistosa según algotos. Tengo un cutis perfecto, ni una sola arruga a pesar de mi base cuatro, gracias a la base hidratante que me aplico a diario. O sea, mi cara es la prueba viva de que no existen milagros sino buenas recetas y disciplina férrea. De chichis, más bien naranjas. Me gustaría melones, pero será con implantes. O sea, de siliconas pues mongaza, no voy a implantarme frutas en las tetetas. De talle esbelto, pero a ratos es bulto. Por ahora lo tengo sometido a nutricionista. De nuevo, no es cuestión de milagros sino de buenas recetas y disciplina férrea. Salvo por el culateral. Ahí ya se requiere trabajos forzados por la pitiem. Felizmente es algo que no veo todo el tiempo. Además, todo está en la mente y yo hago de cuenta de que sigue petulante como antes.

De carácter soy afable. O sea que saludo a todos mis clientes por su santo. Amable no me gusta, es demasiado ambigua. Una persona es amable, ¿porque ama o porque se deja amar? ¿Entiendes? O sea, esa indefinición no me gusta. Es como la vaina de estar jodido o estar jodiendo del diputado español ese, ¿no la conocen? Búsquenla en Gúguele. Soy muy educada. O sea, de lo más educada, educación de monjas de colegio francés, ¿ya? Me expreso con corrección. No digo ni una lisura. O sea, en público, porque cuando estamos en confiancé como ahora, que les estoy chismeando algunas anécdotas, ahí sí que me voy de boca. Soy intuitiva, super intuitiva. O sea, yo puedo leer a la persona como si fuera un periódico, igual que si estuviera parada en un kiosco. No discuto. Detesto discutir. Cuando huelo una discusión en el aire, procuro salir volando.

Y eso es todo lo que tengo que decir sobre eso, porque detesto el autobombo, modestias apártense.

Provengo de una tradicional familia limeña. Que no es lo mismo que una familia tradicional limeña.

«Ya, ponle típica y no te hagas más bolas.

»Bueno, comencemos de nuevo, punto y aparte.

»¡Vals te digo!

Provengo de una de esas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación. O sea, de alguna de esas en las que, en algún momento de sus vidas, tus padres o abuelos ascendieron a Lima. Del interior o del extranjero. Aunque, visto desde acá, los del extranjero más bien parece que descendieron a Lima. Aun cuando el interfecto no supiera leer ni escribir, ni en su lengua vernácula, al momento de arribar al Callao, que es el puerto oficial por donde arribaban todos los extranjeros... aunque hay algunos que arribaron por... Mollendo, por decir. Pero al final igual terminarían ascendiendo a Lima. O sea.

En mi caso ascendieron a Lima desde una provincia de la costa. Y, además, con hacienda en la costa. Porque una cosa es ascender a Lima desde una provincia en la costa, desde la sierra, pero con hacienda o desde la selva, pero con caucherio de por medio. El resto no ascendió a Lima, sino que la invadió. Y la convirtieron en esta especie de Calcuta chicha que es hoy día. Y de la que todo el mundo quiere salir corriendo. Sobre todo los limeños de esas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación, que mal haya la hora en que se les ocurrió ascender a Lima a tus padres o abuelos. O sea.

Decía que en mi caso ascendieron a Lima, de una provincia en la costa con hacienda en la costa. Porque me he dado cuenta que una de las cosas típicas, de estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, es que todos descendían de una hacienda. O sea que también descendieron a Lima, como Alfredito Barnechea, de su hacienda. Porque otra de las cosas típicas de estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, es que todas cuentan entre sus ancestros a algún personaje ilustre o noble, como Alfredito Barnechea, que descendió a Lima de hacienda ilustre y además noble.

En mi caso, dice mi madre que su familia desciende de algún virrey. Que también ascendió a Lima, porque antes no era virrey, o sea que ascendió en Lima. Pero mi papá no le cree. Ella no sabe precisar cuál virrey, pero jura que Ricardo Palma escribió una tradición sobre él. Que tampoco sabe precisar cuál, pero da igual porque el tío ese escribió tradiciones sobre todos los virreyes e incluso algunos presidentes. O sea.

También dice mi madre que descendemos de Cristóbal Colón, pero en esta parte de la conversación ya mi viejo está arrastrándose de risa. Él tiene la ventaja de que sí se acuerda de las haciendas de su viejo en Ica. Incluso yo conozco la casa que tenían en Ica. Y conozco un poco la historia de cómo se perdió la fortuna familiar en Ica. Porque esa es otra típica ocurrencia, en estas típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima: todas tuvieron importantes fortunas en alguna época. Que perdieron en algún momento por esas desgracias de la vida. Un abuelo borracho, o mujeriego, o jugador. Una abuela cuenera o que le zumbaba el toyo. Algún bruto e ignorante que se incrustó en tu

árbol genealógico nadie sabe cómo. Son algunos de los ejemplos que se pueden dar de esas desgracias de la vida.

«No, ya sé, era un tango que cantaba la argentina esa... ¿cómo se llamaba?... Carmen Sevilla».

Mi familia también es católica. Como toda típica familia limeña de no importa cuántas generaciones. ¡Pero católica, católica! Estilo «acompañaremos al Señor Cristo Moreno, Señor de los Milagros y patrón de la ciudad». Además, saudalites acérrimos, aun por estos días de pederastia y Pedros Salinas. Mi viejito anda todo el día con su rosario en la mano y mi vieja clavada en la iglesia sodalite jueves y domingo. Mis hermanos ya parecen unos cruzados. Y mi hermana es de no perderse una procesión del Señor de los Milagros. Hasta hace unos años solía agitar a las masas para asistir a la procesión: madre, hermana, tías, primas, amigas, vecinas, o simples conocidas, todo era bueno para ir en mancha y armar el cotorreo. Esto del cotorreo, ya es típico de todas las mujeres del universo mundo. Y ya que andamos por esos rumbos, diré también que todos creemos en las almas en pena y todas esas vainas de ultratumba, el Reiki, los baños lustrales, el mal de ojos, la pasadita del cuy y la beatita de Humay. Como toda típica familia limeña y también los británicos, que no nos dejen mentir. O sea.

Mi padre fue muy severo y rígido. Esto ya no es algo típico de toda típica familia limeña, sino de algunos desadaptados que todavía existen por ahí. Yo soy la mayor de seis hermanos y, claro, obligada me tenía que chupar todo su mal genio la primera. Me metieron a un colegio de monjas, francesas, o sea alta pezuña. El colegio era sólo para niñas. De ahí salías virgen sí o sí, así tuvieran que coserte la cucurucho. En esas condiciones, todo estaba predispuesto para que yo me casara antes de los veinticinco.

Me casé a los veinticuatro con un tío mayorcito, con el que tuve dos bebés hermosas, preciosas, las adoro. Como toda típica madre limeña, esas de típicas familias limeñas de segunda o tercera generación que ascendieron a Lima, soy bien mamá gallina, ya lo habrán notado. De esas para las que en primer, segundo y tercer lugar, están sus hijos. En cuarto, quinto y sexto también, pero eso ya no se menciona por cuestiones de espacio tiempo y además histórico como dice el pueblo aprista, que también los hay limeños de alguna generación.

«Carmen Sevilla era mexicana, mongoloide. Y no cantaba tangos sino charradas. Era un vals que cantaban la Limeñita y Ascoy».

Como ya llevo dicho, me casé a los veinticuatro con un tipo que me llevaba trece. Por ese entonces pasaba como algo más madurito nomás, en las conversaciones que llegaban hasta mí. Cuando cumplí treinta, él tenía cuarenta y tres; seguía teniendo la apariencia de algo más madurito nomás, pero sólo para el resto. Para mí, que ya lo conocía bien, era un

bebote más, además de la que ya tenía. Cuando llegué a los cuarenta, él tenía cincuenta y tres. También tenía tremenda panza, pelos en las orejas y un montón de canas. ¡Un desastre!

En lo primero que una piensa al llegar a los cuarenta, es que se acerca el temido tiempo de la Carapulcra. O sea, de la papa seca. Ya me entienden. Conozco algunas ex compañeras del colegio a las que ya les vino la menopausia, incluso antes de los cuarenta. En mi caso eso no parece próximo según mi ginecólogo, o sea que felizmente voy a seguir sometida al subibaja hormonal de la regla por un buen tiempo.

«¿FELIZMENTE!?

»¡¡O SEA!!

También dicen que a esa edad llega la segunda adolescencia. Y ya sabemos lo que adolescencia significa: te comienza a picar la cosita. Será por eso que Roxana dijo el otro día que la mujer a los cuarenta ya sabe lo que quiere, se vuelve más libidinosa, ¡pajeraza ésta! Bueno, sería porque estaba medio zampada, la verdad no la alucino. En lo personal, no había moros en la costa, o sea que no tenía motivos para que me pique la cucuchi. No más de la cuenta al menos, todo estaba despejado. Sí había habido algunas fantasías con gente conocida, ¿quién no? Pero de ahí no había pasado y los sueños, sueños son.

«¿No era un pasillo del Dúo Dinámico?»

Con todo, llegada a esa edad una siente un cambio. Más segura, sí. Pero también más necesidad de sentirse atractiva, deseada. De vestirse mejor, para sentirse bien. Hasta ese momento yo me había mirado en el espejo de mi madre. Buscaba imitarla, en sus actitudes y conducta. Bueno, no tanto tampoco. Mi mami es linda, preciosa, yo la quiero y la adoro con toda el alma, ¡pero, también, hay que reconocer que es una ladilla de primera! O sea, ¡qué manera de joder, por la cidiem! Indecisa a morir en todo lo que hace o quiere hacer. Y tímida como ella sola, incapaz de valerse por sí misma. No sé cómo mi viejo ha podido soportarla tanto tiempo.

Pero por esa época empezaba a mirarme también en otro espejo: el de mi hija quinceañera de recién estrenado culito petulante. No sé si a todas les pase, pero a mí sí me ocurrió. O sea, lo de la hija quinceañera, no lo del culito petulante. Eso tenía que haberte pasado antes, si no, «qué triste es tu vida, llora que llora, llora». Un poco obligada, también hay que decirlo: «mamá, cómo te vas a poner eso, ya pareces mi abuelita» o «mamá, ya te aparecieron esas canas horribles, pareces una vieja de mierda». Dicen los psicólogos que a esa edad se instaura una competencia madre e hija para dominar al macho, o sea mi marido. No sé, yo no me veo compitiendo con nadie por mi marido. Para mí que el problema es que mi

hija también es una ladilla. Y en eso hay un consenso familiar. También de sus amistades y de todos los que llegan a conocerla, ¡qué chiquita de miércoles, por la pitiem!

O sea que, entre ladilla y ladilla, opté por plantarme yo misma frente al espejo. Y lo que vi, no me gustó nada. Acababa de cumplir cuarenta, pero ya estaba más cerca de los cincuenta que de los treinta y nueve. En primer lugar, no estaba gorda, sino que ya tiraba pa'l chancho, ¡horrible oye! ¡Y mi look! Con razón dice la Ñaña que parezco una vieja de miércoles. ¡Mi mamá viste más joven!

«¡Qué no! Era vals. De Noteaguanto Morales».

Había que operar transformaciones, cambiar de actitudes, ¡pero ya! El tiempo no espera, ni hay espejo que aguante otra mirada sin relucio. Lo primero era bajar de peso «al menos once kilos», exageré. Con cuatro bastaría. Variar la dieta y hacer ejercicios. Además, había que cambiar todo mi guardarropa. Ese mismo día salí con Úrsula para que me aconseje, ella tiene el gusto a la moda. El resto de los cambios, ya veríamos, un corte de pelo... quizás un cambio de peinado bastaría, me había quedado en el peinado de los años noventa.

En menos de un mes bajé de peso, cambié de apariencia, de actitud, de personalidad... Me sentía mejor, más encajada, más en mi tiempo, mejor conmigo misma... Y de pronto se apareció alguien... alguien que empezó a hablarme al oído...

«despacito,

»pasito a pasito,

»suave suavcito,

»nos vamos pegando,

»poquito a poquito...

»¡D.Y.!

Capítulo 3

Despacito

—¡Oye, qué te pasa! —exclamé sorprendida.

Este pendavis me había cogido el pie, y me había hecho trastabillar en las escaleras, idecididamente, Mango se estaba tomando unas confianzas...! Hace un rato, mientras conversábamos en el carro, también me preguntó qué tal me llevo con mi esposo, con una familiaridad que yo no le había dado. O sea, ¿qué se ha creído éste? Es cierto que nos conocíamos hace un buen rato, desde que él era representante legal de una empresa cliente del negocio que tenemos con mi esposo, pero la relación nunca había pasado del terreno profesional.

—Déjame ver —dijo, mientras me quitaba el zapato, conmigo ahí, sentadota a mitad de la escalera.

—Es que soy un enfermo de los pies —agregó, mientras se llevaba mi pie a sus labios. O sea—. Y los tuyos son hermosos.

«¡O SEA! ¿Y EEESTE? ¡LE ZUMBA LA AZOTEA O QUÉ?»

Sentí un fuerte calor subiendo a mi cara, al tiempo que su mirada se cruzaba con la mía y en sus labios se dibujaba una sonrisa maliciosa al cerciorarse del efecto causado. Mi cucuchi se contrajo.

Sin ser un hombre guapo, Manuel Domingo puede llegar a ser atractivo. O sea, a condición de que te concentres. De estatura mediana, tiene una sólida complexión. Su cara es angulosa y tiene una frente amplia, muy amplia, que procura mantener despejada de una melena agreste, domándola al gel. Sus ojos son grandes y tiene la mirada de un cazador detectando a su presa. Su nariz es recta y ancha, alfombrada por unos delgados labios que enmarcan una boca grande, estilo «para comerte mejor», como no tardaría en descubrir.

¿Hace cuánto nos conocemos? ¿Seis, ocho años? En todo caso lo había dejado de ver poco más de tres. De pronto la empresa donde trabajaba cerró y él desapareció. Parece que los dueños habían estado mezclados en un tráfico de armas, al menos era el rumor que corría. De algún modo supe después que se había ido a los Estados Unidos y que se había casado. El ambiente de la seguridad es tan reducido, que una termina enterándose de la vida de todos.

Por eso me llamó la atención que se apareciera de pronto en mi oficina, hace unos meses. Venía a proponerme un negocio: el dictado de cursos teórico-prácticos de seguridad. Yo andaba medio metida en ese tema, de

modo que le dije que no estaría mal probar, y así poco a poco fuimos armando un plan que fue tomando forma.

El dictado de cursos empezó esta semana, con dos seminarios internacionales a cargo de Augusto Conde, profesor colombiano al que conocía de mis buenos tiempos, y a quien contacté para arrancar el ciclo, y ese domingo acababa de terminar el segundo seminario sobre secuestros. Rodolfo se había ido con las chicas al Regatas, y habíamos quedado en encontrarnos por la tarde, en casa de mis padres, que quedaba a pocas cuadras de la casa de Mango. Así que le pregunté a éste si me podía llevar.

—Con una pequeña escala en mi casa —agregué con ademán coqueto al ver que aceptaba. Tenía que cambiarme de zapatos, que me estaban haciendo ver estrellas.

Mi casa nos quedaba de camino y en el trayecto estuvimos conversando un rato. Ahí fue que me contó de su matrimonio. Se había casado en Estados Unidos, con una peruana, y tenían dos hijos pequeños. Las cosas no habían ido muy bien en los United. O sea que no consiguieron la greencard este par de pánfilos, y se tuvieron que regresar al Perú. Ella tenía un pequeño negocio familiar con su padre. Una vaina medio informal, tengo entendido. Él había seguido metido en temas de seguridad, y contaba montar un negocio en Lima. Parte de ese negocio era dictar los cursos para guardaespaldas.

Parece que el negocio no fue la única cosa que contaba montar en Lima, según me fui enterando esa tarde. La relación con su esposa se había deteriorado, severamente, debido al fracaso en Gringolandia, y ahora estaban viendo de sobrellevar la situación hasta salir a flote. Entonces fue que me preguntó cómo iba con mi esposo. Tengo dieciséis años de casada, dos hijas, una niña y la otra adolescente y una relación desgastada. O sea, de dos veces al mes más o menos, cuando a él le apetece. La última vez que tomé la iniciativa fue en la oficina, cuando estrenamos oficina, en ocasión de estreno de oficina. Hasta entonces la habíamos tenido en casa. O sea, la oficina. Aunque también las relaciones. Siempre había querido tener una en un lugar exótico. O sea, una relación. Aunque también una oficina. La ocasión ameritaba, casi exigía ponerse algo locos de alegría. Al menos yo lo veía así. Él parece que no tanto, y por eso me tuve que montar a horcajadas sobre sus rodillas, cuando se sentó en la silla de su escritorio. Fuera de eso soy totalmente pasiva y supongo que eso se nota, así que fui sincera, y le dije que feliz no era. Imagino que esa pequeña infidencia, más el coqueteo para que me traiga, fue lo que motivó el asunto con mi pie en la escalera, a pesar de mis juanetes.

—¡Oye, no seas mañoso! —le dije, retomando el control de mí misma, al tiempo que recuperaba mi zapato y terminaba de subir la escalera medio

descalza. ¡Claro! sabía que estábamos solos, que no había nadie en casa. Y yo que creía que andaba detrás del culito petulante de mí Ñaña quinceañera, ¡no le quitaba los ojos de encima! Y ahora esto, la verdad no me lo esperaba.

Ya en los altos, me dirigí directamente a mi baño, tenía que refrescarme y reponerme por completo del roche de la escalera, que me había alborotado hasta la almeja. Una vez repuesta, bajé y continuamos el camino a donde mis padres. La conversación fue trivial y anodina. En casa de mis padres me encontré con Rodolfo y las chicas como convenido. Estaban todos bronceados. Nos quedamos un rato conversando y luego volvimos a casa.

Esa noche, ya en la cama, me sorprendí fantaseando con Mango. Estoy entrando a mi oficina, y lo encuentro ahí, distraído en mi computadora. A esa hora ya no hay nadie más. Él se levanta de mi silla, camina por la habitación, y me besa agresivamente. Es un hombre fuerte y rudo, y me lo imagino metiendo sus manos por mi camisa, y apretando mis senos con fuerza. Me imagino devolviéndole el beso también con fuerza, y luego arrancándole la camisa para poder poner mis manos sobre su bien formado pecho. Me lo imagino abriendo la bragueta de mis pantalones, y metiendo su mano en mi ropa interior. Siente que estoy toda mojada. Me mojé de verdad solo de pensar en esto. Pongo mi mano en sus pantalones y siento lo duro que está. Nos besamos un rato más, y luego él me tira al sofá y me arranca los pantalones. Cae sobre mí, y justo cuando siento que me voy a venir, se detiene y se quita los pantalones. Le quito los boxers y está duro como una roca. Se para frente a mí y tomo su pieza en mi boca. Lo escucho gemir mientras le chupo la verga. La mete en mi boca, gimiendo más fuerte, hasta que finalmente agarra mi pelo, tira de mi cabeza hacia atrás, me besa con fuerza y luego me tira de nuevo al sofá. Él se desliza en mi chorito mojado y ambos gemimos de placer. Me clava de esta manera por un tiempo, luego se baja de mí, me agarra por los hombros y me da la vuelta. Agarra mis caderas y las jala hacia él, me pone en cuatro patas y me come a lo perrito, gimiendo cada vez más fuerte, extendiendo una mano para frotar mi clítoris. Finalmente grita «oh» y, con unos pocos embates profundos finales, se viene. Presiono su mano en mi clítoris y finalmente me vengo también. Nos tumbamos en el sofá sudando y jadeando.

«¡Zafa de aquí, bagre feo!», me dije, reaccionando. «No quiero fantasías contigo, con tipos más churros he fantaseado». Al toque comencé a buscarle defectos, tampoco es que fuera una chambaza. Comenzando por su peinado, ¡termina en un gato horrible por atrás! ¡Fijo que es de los que dicen «cabello»! ¡De lo más suburbano! O sea.

Me distraje pensando en lo bronceadas que había visto a las chicas esta tarde, yo quería verme así. La semana siguiente fui todas las tardes a la playa, acompañando a mi esposo. Él tenía por costumbre llevar a las

chicas todas las tardes a hacer deporte. Andaba metido en la directiva del vóley de Úrsula, y también jugaba tenis, pero eso es algo en lo que prefiero no pensar, porque me recuerda su aspecto. O sea, icómo explicarte la panza que le ha crecido!

Mango no se había aparecido por la oficina en toda la semana, pero estábamos continuamente en contacto por SMS y correo electrónico. El mes entrante arrancaba el curso, para el que él estaba coordinando con un profesor de Argentina, a quién habíamos previsto traer cuatro veces, entre diciembre y marzo, para hacer varias capacitaciones teórico-prácticas, que incluían el manejo de armas. El jueves me dijo que había concretado con el polígono de la Escuela de Comandos, y si quería ir para conocer, y de paso hacer alguna práctica de tiro. ¿Se imaginan? ¡El delirio! Yo nunca había cogido una en mis manos —o sea, un arma pues— así que toda emocionada le dije que sí.

Se apareció el sábado a la hora convenida, y nos dirigimos directamente al polígono, que queda en Chorrillos. El local es enorme, un suboficial bien plantado nos paseó por los ambientes que habíamos contratado, pero yo solo pensaba en la práctica de tiro. Por fin nos dirigimos hacia el campo donde íbamos a practicar. La pistola ya estaba lista, era una Glock, me dijo Mango, quien enseguida se puso a hablar maravillas de su arma fetiche... que me entraron por un oído y me salieron por el orto, tan interesada estaba yo en el tema. Era una pistola de aspecto cuadrado. Todo en ella era cuadrado, el cañón era cuadrado, el mango era cuadrado, la vaina esa que rodea al gatillo era cuadrada, ya sólo faltaba que las balas también fueran cuadradas. O sea que no me gustó nada la pistola, pero eso era lo de menos, había que dispararla, para eso habíamos venido hasta este muladar ¿no? Después de hablar todas las maravillas sobre su pistola, se puso a explicarme las partes de la misma, icómo si yo fuera a hacer una maestría de la vaina! O sea.

—¡Ya! Quiero disparar —me impacienté, pateando el suelo como una niña (con ellos siempre funciona) bajo la mirada condescendiente del bien plantado suboficial, quien le hizo una mueca a Mango. «Mujeres», se habrá dicho el suburbano este.

Mango me cedió el arma, la cogí en mi mano, estiré el brazo y... pum. El disparo salió a cualquier parte, pero para arriba, esta vez bajo dos miradas condescendientes, con sus respectivas sonrisas ídem.

—Así no se agarra un arma —siguió el otro con su maestría, y procedió a colocarse detrás mío.

Sus brazos rodearon los míos, forzándome a levantar el izquierdo para acompañar el gesto del tiro. Me sentí embriagada por su perfume. Su pecho presionaba mi espalda, mientras me abandonaba a la seguridad de sus brazos. Algo me decía sobre la posición correcta del cuerpo, pero

entre las orejas y la embriaguez del momento, sólo escuchaba vagamente. Pude percibir, por su bulto hinchándose sobre mi culo, que disfrutaba el momento. ¡Me estaba paleteando! ¡Y no me incomodaba! En mi vientre revoloteaban mariposas, mi cucuchi palpitaba, me perdí en un vahído.

Un súbito disparo me sacó de mi turbación. Su índice había presionado sobre el mío, que estaba sobre el gatillo.

—Ahora tú sola —me dijo, liberándome del abrazo.

Pum pum pum pum. Creo que vacié la cacerina de golpe. Entregué la pistola al que estaba más cerca, y me fui atrás del grupo, ignorando las miradas de estupor y sin decir nada.

«¿Qué te pasó?», pensé ahí atrás.

«O sea, ¿te gustó huevona?»

Mil interrogantes bombardeaban mi cabeza.

«¿Se habrán dado cuenta?». Me inquiete un poco más.

«¡Qué tal roche!».

Los disparos habían cesado, y los dos hombres conversaban frente al blanco. Algo dijeron sobre mis disparos, no sé qué. Seguía ocupada en poner mis ideas en orden. Cuando la conversación hubo terminado, le dimos las gracias al suboficial, que en todo momento se portó de lo más bien plantado, y nos dirigimos al carro. En el trayecto, la conversación giró en torno al polígono visitado, y al curso que se avecinaba. Estaba muy animado con la venida del profesor argentino, las palabras le fluían como una regadera.

«No se ha dado cuenta», me tranquilicé un poco. Ahí le comenté que había hecho unas correcciones en las placas Power Point del argentino, estaban demasiado huachafas. Me pidió verlas, así que hubo que hacer escala en la oficina.

Una vez ahí, me dirigí de frente a mi computador, y abrí las presentaciones modificadas. Mango cogió una silla y se sentó a mi lado, un poco detrás. Había conservado las placas originales, de modo que podía mostrarle la comparación con las nuevas, ¡el contraste saltaba a la vista! El cursito de Power Point estaba dando sus réditos. A cada diapositiva que le mostraba, volteaba para verlo.

—¿Ves? —le decía. Y él veía. Y asentía. Y la que no veía era yo. Y él se aprovechó que no veía. Y se inclinó y me besó. ¡O sea! ¡Tremendo chape!

Me sorprendió la intensidad con la que su boca, sus labios, y su lengua, se encontraron con los míos. Y me sorprendió más aún, el notarme aceptando su beso. Fue un beso ávido, anheloso, hambriento. Sentí que me engullía toda. Su lengua no dejaba de rebuscar en mi boca, la mía iba detrás, la perseguía en su menear frenético. Al rato nos cansó la incómoda posición en la que estábamos. El miró alrededor, y se dirigió al sillón que estaba frente a mi escritorio. Yo lo seguí ardorosa... No hace falta decir que estaba demasiado nerviosa... Eché un vistazo a mis pechos, que sólo estaban cubiertos por una blusa ligera... Se sentó en el sillón y yo me senté sobre él, de través, con mis piernas reclinada sobre el brazo del mueble.

Todo lo que hizo enseguida, fue simplemente perfecto: la forma en que me cogió las caderas, la forma en que me besó y me lamió la cara, las orejas, el cuello, la manera cómo me masajé los senos... La manera en que presionó mis manos contra el sillón, mientras pasaba su otra mano entre mis piernas, agarrando mi cuca, mis muslos... Lo recuerdo chupando mis dedos y metiendo los suyos en mi boca... Mis uñas clavándose en su espalda... Sintiéndolo duro... Todavía puedo escuchar cómo susurró mi nombre al oído. Sentí como ejercía presión sobre mi cuerpo, me hacía sentir su fuerza, diciéndome como mi frágil figura lo encendía. ¡Nunca antes había perdido el control!

Ignoro cuánto tiempo pasamos así. Sentí que ya era tarde y tenía que volver a casa. Me levanté y fui al baño, a poner en orden mis ropas, sentía la entrepierna mojada. Después hicimos el trayecto de regreso en silencio, culpables. Frente a mi casa, nos despedimos con un beso en la boca.

Al interior me esperaban, con sus demandas, mis hijas y mi marido. Sentí que ya era ajena a ellos, que ya no pertenecía a ese lugar.

El verano se presentaba tórrido.

Capítulo 4

Pasito a pasito

Quería, quería eso, quería todo eso, besarlo, abrazarlo, acariciarlo, descubrirlo, tomar nuestro tiempo... Lo quise desde Santiago y lo quise así.

Y, sin embargo, en realidad había tratado de detener la cosa. Al día siguiente del agarre fui a misa, a ver a mi Flaco de la Cruz, como todos los domingos, y me confesé con el cura Jerónimo. O sea, pero traté de suavizar el asunto. Tampoco le iba a soltar así, de sopetón, todo el pachamanqueo suburbano. ¡A los curas se les respeta! Sobre todo a los que, como éste, se conocen de toda la vida. O sea que el que me conoce de toda la vida es él, que yo apenas si lo habré conocido la mitad de su vida. Tan viejito anda el pobre, que creo incluso que nos conocimos en la pila bautismal. O sea, la mía, no la de él. Le dije que había tenido pensamientos pecaminosos con otro hombre, y que había habido algunos escarceos por ahí.

¡Tremenda penitencia que me mandó el cura! Y eso que no le confesé nada de lo suburbano del asunto, porque ahí sí que le da un patatús a lo mazamorrero de su limeñidad. Porque este gallo sí que descende de Nicolás de Ribera, según todas las loras que se ha metido con mi mamita. Y de Nicolás de Ribera El Viejo además, que llegó por lo menos dos días antes —por razones de pura antigüedad en el nombre— que su tocayo El Mozo a este valle de huaycos, que aquí las lágrimas no son nada. Además, también me dijo que fuera a uno de esos consejeros de parejas, con lo cual se quitó un cerro de años de encima a mis ojos. O sea que se puso casi de mi promo con tanta modernidad.

Sabía que ese sería un tema difícil de abordar con Rodolfo, porque era más viejo que yo y más antiguo que el cura, como quedaría evidenciado. O sea que esos cuentos de consejeros eran demasiado modernos para él. Eso estará bueno para chimbombos, que es más o menos el sinónimo de modernidad que él usaría. Y tampoco le iba a soltar, de buenas a primeras, el desliz que había tenido con el suburbano. Tuve que decirle que nuestra relación no iba bien, lo cual tampoco era falso, y que quizás unas charlas no nos caerían mal, había que probarlo en todo caso. Lo estuve cargoseando desde mediados de noviembre, hasta casi fines de año. Para Navidad ya había tirado la toalla.

El lunes también hablé con el suburbano de marras. O sea, el del chape pues. O sea, mi chaperón, para que no se ofenda. Él no solía venir muy seguido a la oficina, pero claro, ahora tenía un aliciente adicional, con este

cuerito en perspectiva.

Le dije que lo que había ocurrido no era correcto. Que los dos estábamos casados y teníamos familia. Con problemas, cierto, pero que esta no era la mejor manera de resolverlos. Que, para mí en todo caso, era primordial mantener a mi familia unida, sin baches ni contratiempos, y que el desliz del otro día no era el camino más apropiado para conseguirlo. O sea que, para mí, mis hijas están en primer, segundo y tercer lugar. Y en cuarto, quinto y sexto también. Y que ese combo comprendía al Monseñor abordo.

Para qué, estuvo bastante le Cagregno, a pesar de lo hirsuto que traía el gato esa mañana. O sea que como que se leyó todos los manuales de urbanidad de Carreño, con que las monjas francesas nos tenían hasta las orejas en primaria. Digo, estuvo de lo más receptivo. Me dijo que él ya no daba un centavo por su relación con su mujer, que eso era un asunto muerto y que si seguía con ella era sólo por los chicos. Que para él sus hijos estaban también en primer, segundo y tercer lugar. Me dijo también que en esta vida no hay que desperdiciar las oportunidades y que si nos gustábamos no había que dejarlo morir. Pero que, en todo caso, respetaba mis principios e intentaría mantenerse al margen. O sea que me cedió el terreno, «con pases de marinera con su tacón», más la venia del pañuelito más. No lo volví a ver hasta principios de diciembre, en que comenzó el curso con el profesor argentino.

El curso era sobre tiro de combate, y estaba diseñado para fuerzas especiales. Nuestros clientes eran todos agentes de seguridad de grandes empresas. De lo más periférico el asunto. Los tres días del curso fueron en la ECE y lo pasé entretenidísima en la periferia, sobre todo en las clases prácticas. Se había previsto escenarios de asalto, emboscadas, irrupciones, distintos tipos de operaciones silenciosas y violentas, y tiro para operaciones de inteligencia. Hubo prácticas de tiro con pistola escopeta, fusil y ametralladora. Mi chaperón estaba en su salsa. Aunque tiene formación de abogado, su alma es de Body Guard, quedó de lo más camuflado en el asunto periférico. Siguió el curso como un participante más, hizo todas las prácticas y aprovechó para lucirse delante mío. Hizo gala de su liderazgo, y también de sus dotes como encantador de serpientes. Yo no participé del curso, pero sí hice algunos tiros, esta vez sin ningún incidente rochoso. También la hice de modelo fotográfica, para un publicherry en un diario local. Con eso también Mango se había lucido: una entrevista para el profesor, y yo en la portada de un diario de gran circulación. No, si me estaba dando el trato de una modelo. De que llegó, llegó.

Renato, el profesor, me impresionó favorablemente, o yo estaba bajo la influencia del sebo de culebra con que me lo había vendido mi chaperón suburbano, porque la verdad, su currículum no valía un pepino. Era morocho, de mediana edad, estatura ligeramente por encima de la media,

no tenía cara de argentino, y era delgado, demasiado para sus años y eso que era sólo un poco menor que Rodolfo. Su curso, en cambio, fue financieramente un desastre para nosotros. Al menos esa es la impresión que yo tenía. Se hacía urgente una reunión de socios para tirar las cosas en claro, pero Mango la hizo larga excusando diversos pretextos.

Cuando finalmente reapareció por la oficina, entró de lo más triunfante enseñando a mano alzada —cual billete ganador de la lotería— el ejemplar del periódico con mi foto de portada. Su entrada fue realmente épica, la recepción estaba llena de gente. Ahí estaban Rodolfo con su primo, el de los fabulosos negocios fracasados; Ernesto, el contador, que acababa de llegar; dos alumnos del curso, atrasados en sus pagos, que venían a regularizar; Tere la secretaria, que además también es mi prima para que todo quede en familia; y yo. Todos se abalanzaron sobre el periódico, para echarle un ojo a la portada. El billete ganador de la lotería aparecía ahí, en un espléndido top sin mangas, que dejaba ver una piel de lo más bronceada, que a voz en cuello gritaba su origen made in Regatas, que no sabe del mismo color que una quemada de pellejo en Agua Dulce, ahí al ladito nomás, como cada quien conoce. Los comentarios iban desde la regia figura que lucía este cuerito en base cuatro, o los bien torneados brazos que sostenían firmes el arma, hasta lo ganancioso del suboficial, que aprovechó que había sesión fotográfica para chantarme su pata en la espalda.

Ni que decir que Rodolfo transpiraba celos con toda esta escena. Estaba rojo de rabia, verde de envidia y amarillo de celos. Mientras que, un poco detrás, lucía exultante la silueta de mi chaperón suburbano, que de súbito se vio ascendido a la urbe, y se sintió tan feliz como tu abuelo cuando por fin ascendió a Lima y vio por vez primera su nombre impreso en la guía telefónica. O sea.

Además, se apareció en terno. ¿Había mencionado que me fascinan los hombres en terno? Pues sí, se me chorrea la baba, se me afloja la guacha y se me derrite el churumbelo.

Con todo este alboroto, mis críticas financieras se redujeron a su mínima expresión. De todos modos, no quedó mucho tiempo para conversar, esa misma tarde salía para Chile a ver a mi hermana, que acababa de dar a luz. Me despedí a las carreras, con un piquito en la boca. Era algo así como su premio por el billete ganador de lotería, pero algo me dijo que ese piquito acababa de sellar mi destino próximo.

* * *

A Sandra la encontré reponiéndose de un parto difícil, tras un embarazo ídem, y después de haber estado buscando por años ese embarazo. O sea que toda la familia estuvo muy feliz cuando por fin nació la bebé. Como todos los bebés, era hermosa y bien parecida a su padre, esto último

también como todos los bebés. O sea, de oficio.

Sandra era la loca de la familia, y también la engreída por ser la menor. En el colegio había sido una floja, y fuera de él, una pendavis. Cambiaba de enamorado como cambias de calzón, incluso más seguido algunas veces. Los coleccionaba de todos los colores. Digo... los enamorados. Aunque los calzones también. En cuestión gustos sí que era unívoca: ¡todos bagres! Por eso sorprendió a medio mundo, cuando terminó casándose con este Xavier. Su currículum apuntaba que terminaría con otro pendavis como ella, y mujeriego. Pero no, Xavier era más bien casero, y también un poco hijito de mamá... y de sus cinco hermanas. Era un tipo serio, centrado, había estudiado algo de administración de negocios y después hizo una maestría en el mismo tema. En un momento entró a trabajar en una entidad financiera local, que lo había mandado a Chile como parte de su estrategia de expansión, pero ya estaba por regresar.

A Sandra el matrimonio no la ayudó a sentar cabeza, al poco tiempo de casada decía que tenía su esposo y su enamorado. «¿Qué hay de malo?», agregaba. Parece que Xavier un poco que la obligó a dejar su trabajo en el banco, pues corrían voces de que por ahí tenía un agarre. «Todo está permitido menos el sexo» solía decir, cual Bill Clinton. O más bien la Lewinsky.

En cambio, le vino a pelo dejar su trabajo en el banco. Ya mencioné que es una floja, pero se ocupa muy bien de su casa, ahí está siempre todo en orden y limpio, a veces me provoca contratarla. A mí, por el contrario, siempre me había gustado mantener mi independencia económica. Apenas terminé el colegio me puse a trabajar, la universidad no era para mí. Comencé en Unique, mientras estudiaba secretariado. Luego trabajé en una publicación especializada para diplomáticos, de ahí saldría la idea del Anuario. Cuando la empresa cerró, formé una sociedad con uno de mis colegas, y continuamos en el rubro, hasta que se casó y se mudó a otra ciudad... o lo mudaron, no sé. Entonces seguí yo sola en la empresa. Es en la que trabajo actualmente, en alianza estratégica con la de mi chaperón suburbano. Sí, yo siempre he trabajado, amo mi independencia económica, poder cubrir yo misma mis gastos, no tener que ser una carga. O sea, nada de tener que pedirle propinitas al marido. Por lo demás, lo mío es mío y lo tuyo es nuestro. De oficio. Ya me entienden. O sea.

Esa semana en Santiago la pasé divino en mi papel de tía. O sea, porque no hay nada como ser tía de un recién nacido, te lo puedes pachamanquear de lo lindo, y a la hora del berreo, te deshaces del bulto. Como dice la canción: «Ingá, Ingá, el niño quiere mamar, Ingá, Ingá, (que se joda) su mamá». O sea, porque qué manera de joderte la vida la de estos berrendos por la pitiem. Porque, vamos a ver, una criatura de esa edad, apenas si realiza cuatro funciones básicas: comer, berrear,

cagar y dormir. Si tan sólo lo hicieran ordenadamente, la vida sería un relajo. Pero no, tienen que berrear a media noche porque tienen hambre; después de mamar, consigues hacerlos dormir dos horas después, y; a las tres y media, ya están berreando de nuevo porque se cagaron el pañal. O sea, yo estoy feliz con mis dos hijas, las quiero y las adoro, están en primer, segundo y tercer lugar, pero no más. O sea, ya me jubilé, J'ai fermé boutique, como decían las monjas en el colegio.

O sea que estuve feliz cuando llegó el fin de semana, y al fin pude salir con Sandra a dar una vuelta por Santiago. Había conseguido endilgarle el paquete a su esposo, que contaba con todo el apoyo de la empleada y de los tres litros de leche que se extrajo de las chichis. Estaba feliz Sandra con sus porongas llenas, ella es tan planchadita como yo. También estuve feliz cuando pasé por esa etapa, salía a la calle de lo más orgullosa con mis tetotas.

Me encanta Santiago, es una ciudad limpia, ordenada, sin mucho tráfico y aburrida a morir. O sea, si no fuera por los cuatro peruchos que han venido a vender chanfainita en la vía pública, te puedes morir de tedio por acá. Lo que sí, los chilenos son simpatiquísimos, muy amables y educados. Nomás que tienen una manera de hablar pu', ¡horrible oye! Y ya mejor la voy cortando con esta onda descriptiva, porque siento que voy a comenzar a criticarlo todo.

Ya casi había olvidado lo divertida que puede ser Sandra en plan de webeo. La pasamos de lo más entretenidas esa tarde, rajando de todos los paseantes, mirando vitrinas, comparando precios, yo la iba poniendo al tanto con los de Lima. También me contó de su embarazo, de lo penoso que había sido, de lo bien que la había pasado en Chile. Pero ya con dos años de ausencia, empezaba a extrañar Lima, su gente, su comida. Me comentó que había dejado un enamoradito por ahí, un croupier del casino que frecuentaba. Aproveché para preguntarle cómo hacía para conciliar eso, con su catolicismo.

—Fácil —me dijo—, para comenzar, no hay ninguna contradicción, todo vale menos el sexo. Además, el mandamiento dice bien clarito, «no desearás a la mujer de tu prójimo», y yo no soy ninguna lebbys. Por último, si cometes algún pecadito, te buscas un cura facilón que te lo absuelva, y ya después, él tendrá que ver cómo arreglar el asunto con Dios.

Así es Sandra, más loca que una cabra. De oficio que yo no le conté nada de mi asunto suburbano. O sea, Sandra conoció a Rodolfo cuando era una chiquilla que no llegaba a los diez años, le tenía un gran cariño igual que todos mis hermanos, así que ese era un terreno vedado para mí.

Cuando regresamos a casa me enteré que Rodolfo había llamado para decir que se cancelaba el curso con el argentino. O sea, ¿¡QUÉ!?! ¿Además

de lo caro que cobraba el puta, encima se daba el lujo de cancelar el curso que recién arrancaba? ¿No se da cuenta este mamarracho que recién estamos empezando el proyecto, que no es hora de fallar? Inmediatamente procedí a entrar en trompo como corresponde. ¡Pero uno en forma! O sea, ¿este pezuñento de argentino nos deja plantados, sin más ni más? Tenía que comunicarme urgente con Lima, que me den detalles, pero ¡ya!

En ese momento caí en cuenta que Steve Jobs todavía no había inventado el iPhone. Ni Mark Zuckerberg el Facebook. O sea que, por culpa de este par de paparulos, nos encontramos en pleno Siglo XXI, más incomunicados que los Picapiedra. ¡O SEA! ¡No hay ninguna consideración caracho! No me quedó más remedio que llamar carísimo, del teléfono fijo de la casa. Pude hablar con Rodolfo, me confirmó lo que ya me había dicho Xavier: que Tere lo había llamado en la noche para decir que había recibido un correo de Renato, en el que explicaba que no podría dictar el curso, porque le había surgido un imponderable. Imponderable, esa fue exactamente la palabra que usó, la recuerdo porque me pareció de lo más huachafa. O sea, IM-PON-DE-RABLE. Jamás la había oído, ¿ya la habían oído ustedes? Yo no. ¡Imponderable! Es como degustar. Qué asco de palabreja. DE-GUS-TAR. Me dan ganas de agarrarla a combazos. «Sírvanse degustar», o «pasen a degustar», o «¿no desean degustar?». ¡NO GRACIAS! ¡ME HA SURGIDO UN IMPONDERABLE! Imperdonable era que nos hubiera dejado colgados con el curso. Eso sí que era un imponderable imperdonable.

Tuve que escribirles a todos mis contactos para ver qué pasaba, inclusive a Steve Jobs para maldecirlo por su imponderable retraso, ¿te das cuenta? O sea, ni siquiera un WhatsApp les podía mandar. Claro, podría tratar por Skype o MSN, pero el imponderable tendría que estar conectado a su computadora, y sábado a esa hora era imponderable que eso ocurriera. De modo que les escribí a Tere, que ni siquiera tenía computadora en casa, y lo más probable era que no me leyera hasta el lunes, a Mango, a Renato y a Steve Jobs. A Zuckenberg no, porque no tenía su correo, ¿quién lo conocía entonces?

A la mañana siguiente, tenía una respuesta de Renato aguardando en mi bandeja. Le había surgido un imponderable, me confirmó. O sea que de ahí había venido la palabreja de marras, estaba segura que a Rodolfo no se la había oído antes. No me explicó qué cosa era ese imponderable, ni yo se lo pregunté. O sea, ¿no sé? no fuera a ser que hubiera dejado a su mujer en bolero o algo así. Me quedé pensando en los cursos venideros, si la cosa seguía así habría que reprogramarlo todo.

El que no me respondió fue el Manolete este. En todo el día no me respondió, y eso que yo le estuve atorando su correo con mensajes desesperados. Hasta le mandé el número de teléfono de la casa en Santiago, y le pedí que me llamara porque yo no conocía su fijo. O sea,

cómo te explico lo estresada que estaba, que estuve a punto de adelantar mi viaje de regreso a Lima. Felizmente Sandra y Xavier me hicieron desistir; ayudados por la empleada, e incluso la bebé, que ese domingo no berreó ni una vez.

Otro que tampoco me respondió fue Jobs, pero para mí que se debe haber quedado pensando, porque al poco rato inventó el iPhone. ¡Y además le puso iPhone! ¡O sea! Cuando por fin salió al mercado el aparatejo que yo le había reclamado, mandó mi equipo Nextel directo a Piedradura. O sea, a la tecnología de mi equipo Nextel, porque en ese momento yo no tenía ni un chico para comprarme un chicle, como ya se verá.

Por fin, el lunes tempranito, llamó el Manolete que en el acto se convirtió en urbano.

—¡Mango, por fin caracho! —contesté la llamada.

—Cálmate, ya sé que estás loquita —su cálida voz inundó el auricular—, ya todo está arreglado, me ocupé de eso el fin de semana. Tenemos nuevo expositor para el mismo tema —me tranquilizó su tono pausado—. Manuel Díaz estará en Lima el mes entrante, para un congreso. He logrado convencerlo para que dicte el curso. Ni siquiera tendremos que pagarle el pasaje.

«Ven que te la chupe» —grité en silencio. Manuel Díaz es un famoso analista español, especialista en temas de inteligencia y contrainteligencia, y ese era precisamente el tema que Renato iba a tratar en el curso de enero: “Inteligencia y Contrainteligencia y Seguridad Empresarial”.

Lo admito, en ese momento quise follarlo. Quise que se corra sobre mí. Pude imaginar su bulto a través de sus ajustados jeans en el trabajo, y disfrutar la idea de que mi esposo pensaba que se ve como un marica. Quise que él me llene y me haga hacer cosas repugnantes, que mi marido es demasiado rústico como para imaginar. Quiero humillar a mi esposo, porque está tan obsesionado con su propia masculinidad, y lo que significa ser un hombre. Quiero destruir su vetusto machismo, con esta pinga que imagino formidable. La idea de que este tipo en el trabajo pueda ser más hombre que mi marido, siempre tan belicoso a pesar de voluminosa panza, me excita. Mi socio en el trabajo tiene un aura de confianza sexual, mientras que mi marido apesta a inseguridad. Solo quiero humillarlo con el tipo de hombre que odia. Porque Rodolfo mira a Mango muy por encima del hombro, siempre está minimizándolo, imagino que por celos, el guachimán le dice. Y ahora este guachimán ha conseguido que el mejor especialista de habla hispana dicte para nosotros, ¡chúpate esa tú también!

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos hablando, sólo sé que le reventé harto cohete, se le debe haber trepado el ego hasta el techo. Bueno, no

era para menos, tremendo cambiazo había hecho. Eso me alegró el final de mi estadía en Santiago. Regresé a Lima el veinticuatro, totalmente renovada y con ganas de conquistar al mundo. No insistiría mucho con el consejero matrimonial para comenzar, si Rodolfo seguía negándose, lo que viniera después sería responsabilidad suya.

* * *

La Navidad cayó viernes y nos fuimos donde mis padres, como cada año después que los suyos fallecieron, no me veía pasándola solos con las chicas. Dicen que la Navidad es para pasarla en familia... Dicen, pero apenas llegamos donde mis padres, cada quién agarró a su pareja y por su rumbo. Mi padre se fue con Rodolfo a la salita-escritorio a ver la tele, Úrsula salió con su enamorado ni bien llegamos, Sophie subió al cuarto de su tío a jugar videos, mi viejita y yo en la cocina a finiquitar la cena. Después, al rato, me fui con mis viejos a la misa de gallo. Rodolfo y las chicas no le entraban a eso, habían resultado medio herejes. De regreso, a cenar. Como de costumbre, Rodolfo terminó en gran tranca. Es, lo que se dice, un cabeza de pollo. Felizmente esta vez no hubo escándalo que lamentar. El resto del fin de semana pasó sin novedad. Mi maridito no quiso saber nada de consejeros matrimoniales.

Sentí que el lunes arrancaba bien. Me desperecé estirándome en la cama, como cada mañana. Brinqué al suelo y me dirigí al baño a hacer la pilita matutina, de paso me tiré una chequeada en el espejo. Lo que ahí veía, no estaba nada mal. Mi cara, aún sin maquillaje, lucía fresca y juvenil para mi base cuatro. Mis senos eran pequeños, me hubiera gustado tener una talla más, pero quizás por ello habían mantenido su firmeza, que aparecía realzada por la erección de mis pezones con el fresco matinal. Me volteé para mirar que tan colgante lucía hoy mi ex culito petulante. No se le veía tan mal, a pesar de la trusa de la noche. Con un guiño, di mi aprobación a lo visto. Me sentí regia.

Lima está desierta en esta época del año, como cuando juega la selección. El trayecto a la oficina fue relajado y sonriente, con ese sol matinal. No había mucho trabajo en el despacho: leer las noticias, contestar algunos correos, llenar una que otra forma. Sólo había trabajo para media jornada en esas fechas de fin de año, teníamos pensado ir a la playa más tarde. Como a media mañana, sentí la voz de Mango irrumpir en la oficina, saludando a Tere.

Habíamos alquilado un departamento habitación como oficina en la avenida Guardia Civil, cerca de la casa. Tenía living comedor con cocina, tres dormitorios y dos baños. Era muy simple el departamento, los arquitectos no se habían roto la cabeza con el diseño. A la entrada, el living comedor que usábamos de recepción, en medio de este se abría un corredor que dividía en dos espacios el resto del departamento: al lado derecho, la cocina con su comedor de diario, una alacena lavandería y, un

poco más allá, el baño común con entrada por el corredor; al lado izquierdo con vista a la avenida, los tres dormitorios-oficina. En el primero, que ahora ocupaba mi chaperón, habíamos puesto una mesa de directorio; en el segundo, la oficina de mi esposo y el contador; y, al fondo en el dormitorio principal, mi oficina con su baño propio. De manera que cuando Manuel Domingo entraba, lo escuchaba saludando de cuarto en cuarto, hasta que llegaba a mí. Ahí solía asomar su cabeza por el dintel de la puerta.

—Feliz Navidad, mi loquis —me dijo con su sonrisa pícara. Mi vientre se llenó de mariposas cuando nuestros ojos se encontraron de nuevo y él me abrazó efusivo. La última vez me había despedido con un piquito.

Empezó a contarme de nuevo su travesía, desde el abandono de Renato hasta convencer a Manuel Díaz. Lo contaba como una verdadera hazaña, recorriendo la oficina a grandes trancadas y haciendo ademanes exagerados, que me divertirían más, si no estuviera dándome de cabezazos con este formulario de contribuciones.

—¿Qué te pasa? —me dijo, al ver que no prestaba la atención que requería su relato.

—Nada —repliqué—, este cochino formulario de contribuciones que debo completar.

—A ver —continuó, acercándose por detrás de mí.

Empezó a leer en silencio, y de pronto sus dos manos me rodearon hasta alcanzar el teclado. Sentí su aliento en mi cuello, su cabeza junto a la mía, sus manos en el teclado cerca de las mías. Todo elevaba la tensión. Él lo siente, yo lo sé. Procuero mantener una respiración regular, tengo la impresión de que me traiciona.

Momento de suspenso, nada se mueve... Ni él, ni yo ...

Entonces siento su mano en mi pelo. «No, no es de los que dicen cabello». Es suave, extremadamente sensual... Los acaricia, los alisa de raíz a punta. Me pide que no me mueva, sólo que disfrute. Sus manos que pasan por mi melena crean sensaciones realmente divinas... Siento.

La tensión de la mañana invade mi cuerpo tembloroso, mis riñones se comprimen. Sus manos continúan, siento que me controla entera. Su boca está tan cerca de mi oreja y mi cuello. ¿Podemos disfrutar tocando estas partes sensibles? Se me escapa un gemido que lo empuja a poner sus labios.

Quiero, quiero todo, besarlo, abrazarlo, acariciarlo, descubrirlo, tomar

nuestro tiempo ...

Le devuelvo sus besos y, finalmente, doy vuelta a mi silla y lo abrazo. Nuestros cuerpos están hechos para eso. Se encajan perfectamente. No nos movemos, ni uno, ni el otro. Su barbilla apoyada en mi cabeza, mi boca en su cuello. Nuestros corazones, nuestros latidos al unísono...

Su falo palpita contra mi vientre, yo lo acepto en testimonio de su deseo, ofreciéndome el placer de...

El barullo en la otra oficina nos saca de nuestra ensoñación. Ya es mediodía, nos vamos a la playa.

Capítulo 5

Suave suavcito

Los días siguientes a ese segundo agarre los pasé en una nube. Todavía trabajamos hasta el miércoles veintinueve en este fin de año. En la oficina aprovechamos cualquier momento a solas para chapar. Mango estaba sorprendido con mi desparpajo, «¿por qué mejor no lo publicas?», llegó a decirme alguna vez. No, no es que me ensuciara en la noticia, simplemente estaba embobada.

El jueves nos fuimos a Punta Hermosa, con las chicas, a pasar el Año Nuevo en la playa. Nos acompañaban mi mamá y el enamorado de Úrsula. En la playa fue el mismo plan de siempre: tragar, chupar, dormir y ver el mar. Rodolfo se lo pasó de lo más entretenido en la parrilla y estrenando hijo político. La que estuvo de lo más petulante con su culito blanquiñoso fue mi hijita quinceañera. Ella detesta la playa. Detesta ponerse negra. Se la pasó todo el tiempo metida en la casa cuidando su color muerto fresco, acariciando la chapa Merlina que pronto le pondrían sus cuñados. Yo, en cambio, bajé todos los días a la playa con mi mamita. ¡Había que ver a la vieja perica en bikini! De lo más moderna. Por las noches teníamos parrillas, y en una de esas debo haber cogido la gripe que me tuvo en cama, ya en Lima, toda la primera semana de enero. Conmigo a bordo de mi nube.

¿Ya viajaron en una nube? Es bacanazo. Por dentro todo es blanco y monótono. Como el algodón. Blanco, blando y monótono. Tanto, que no ves la montaña con que vas a estrellarte cuando salgas de tanta monotonía. Eso es lo que me sucedió.

Cuando estaba en mi nube, pensaba que todo sería felicidad al estilo «y comieron perdices». Nos íbamos a separar los dos y seríamos tan felices que alcanzarían perdices para todos. Mis hijas comerían perdices y también los suyos. Mi esposo y su mujer no cabrían más de perdices. Y mis padres, tan católicos ellos, estarían de perdices hasta las narices. O sea que mi nube se llenó de perdices. Al punto, que ahora que lo pienso, me pregunto si lo que me impidió ver la montaña fue la monotonía de lo blanco o la de las perdices. Porque está bien que una golondrina no haga la primavera, pero almorzar perdices todos los días sí que hace una monotonía. Al margen de la indigestión.

Bueno, la cosa es que la idea de separarme de Rodolfo había sido un sueño largamente acariciado. Desde las vísperas del matrimonio, diría yo. O sea que en realidad nunca lo quise. Lo respetaba, sí. Le tenía estima, también. Pero, ¿quererlo? ¡El tipo me llevaba trece años! Cuando lo

conocí, él andaba en sus treinta y uno y yo tenía justo dieciocho recién cumplidos. Lo conocí en una fiesta a la que me había invitado una amiga para conocer chicos mayores. Yo acababa de romper mi amorío de adolescente... por una de esas cuestiones de adolescentes. El fulano intentó brincarme. Y la idea era encontrar chicos mayores... o sea más maduros... sin esas cosas de adolescentes... cómo andar intentando brincarla a una, por ejemplo. Y así fue como lo conocí.

Al principio me pareció un monse, que es la manera que tienen todos los quinceañeros para ver a las personas mayores. Contra lo que cree la mayoría de gente, la quinceañería dura hasta los dieciocho o veinte. Pero, muy madura yo, aparenté agrado, incluso interés por su conversación, que resultaba de lo más monse para una quinceañera que tenía en vitrina su culito petulante. Y así fue que lo dejé acompañarme a mi casa esa noche, nunca más interesada y madura, y fingiendo ignorar el culito petulante que me seguía detrás.

Al día siguiente pasó a buscarme, como todo Monseñor, en carro. Y al día siguiente, pasó lo mismo también, en otro carro. Y así fueron pasando los días y los carros, y me fui acostumbrando a su compañía y a la de tantos carros. O sea, tampoco es que no estuviera acostumbrada yo a los tipos que pasan a buscarte en carro. Sin ir más lejos, mi antiguo amorío de adolescente venía también a buscarme en carro, que es precisamente donde intentó brincarme, allá por los cerros de Camacho. Pero había algo distinto en el señor Monse. Por ejemplo, cuando tocaba el timbre de mi casa, mi padre no salía a la puerta, echaba un vistazo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda y, tras no ver a nadie, tiraba un portazo en las narices de mi antiguo amorío de adolescente, que además de papamoscas era invisible para mi viejo.

No, definitivamente tenía sus ventajas comparativas salir con Monseñor, cómo ésta de ser visible, audible y palpable para toda mi familia, pero muy particularmente para mi viejo. Porque, tengo que decirlo ahora que he salido a chismearles todo, mi viejo en aquellas épocas (no tan lejanas tampoco, no se me hagan las pichoncitas) solía ser un canalla. Un real, abusivo y maldito canalla. Si no tuve infancia y mucho menos adolescencia, fue desgracias a él. Sí había una fiesta en el barrio, fijo que no iba, o máximo hasta las diez. Si los muchachos organizaban un campamento, ya me enteraría qué tal salió la cosa a su regreso. Si salía para la playa, tenía que ponerme el bikini de moda en la casa de alguna amiga. El típico machista, cabrón, eichdipí, que piensa que el honor de la familia está en la entrepierna de sus mujeres. Y encima de todo, pegalón. Y pegalón de a correazos. Y de a correazos en la calle, además. En el barrio ya era conocido ya. Chicos y chicas nos pasaban la voz, a mí o a mis hermanos, «tu viejo te está buscando, y está con cara de asado».

Todo eso terminó cuando empecé a salir con el señor monse. Y poco a poco todos se acostumbraron a vernos juntos. Yo misma, mis padres, mis

hermanos, la familia, los amigos, que al toque lo adoptaron como «el capitán cavernícola». Tampoco es que nos vieran tan seguido ya. O sea, mis amigos. Poco a poco me fui deslizando de mi collera a su patota. Solíamos salir a todos lados en patota. Yo me sentía un poco incómoda por aquello de pasar de collera a patota, así nomás, sin transición, sin unas previas, sin nada de entrenamiento. En la patota ya todos estaban casados, y la que menos con hijos, ¡horrible oye! Yo era un poco la mascota de la patota. Todos me miraban como cosa rara. Como cosa chiquita y rara. Como cosita que no se toca. Y me miraban con sonrisa indulgente. Y con un poco de envidia también. Sobre todo ellas. Por mi culito petulante estrenado hace no mucho, en Club Regatas estrenado no hace mucho. Y ellas ya sólo lucían culazos chorreadotes y pellejos con estrías. Que ya nadie miraba. Ni siquiera sus maridos, distraídos cómo estaban con mi culito petulante. Que se mira, pero no se toca. Y ahí andaba yo, muda. Muda y aburrida.

Y así llegamos, conmigo muda y aburrida, a las vísperas del matrimonio. Por cierto, yo me había —nos había— planteado más de una vez, en este trayecto que conduce directo al cura de parroquia y al tálamo nupcial con novio borracho en noche de bodas, la posibilidad, la necesidad incluso, de ponerle punto final a nuestra relación, por razones de no te quiero. Pero lo había hecho con tal fuerza de convicción, que pronto estuvimos frente al cura de parroquia y al novio borracho en noche de bodas con tálamo nupcial.

Y es que, también, debía tener en cuenta las ventajas comparativas que la relación ofrecía frente a la situación dada. Y en aquella situación dada, la máxima ventaja comparativa alcanzable era liberarme del yugo opresor de mi viejo. Y todo aquello sólo estuvo a mi alcance en esa noche frente al cura de parroquia y al novio borracho en noche de bodas con tálamo nupcial.

Pero eso fue aquella noche. Hace dieciséis años. ¡Tampoco vas a vivir anclada en el pasado! La relación ya había cumplido su ciclo. Había que tomar en cuenta la nueva situación dada. Y la nueva situación dada era que el negocio ya no estaba alcanzando para cubrir el mes. Y en esas condiciones, lo mío se estaba convirtiendo peligrosamente en nuestro. O sea.

Por ahora la cosa era encontrar la manera de aterrizar la situación en suavidad, sin ninguna montaña tras salir de alguna nube.

En esos días de alejamiento obligado, nos escribíamos frenéticamente con mi chaperón en trance de urbanizarse. En un momento llegué a decirle que ya no veía las horas de que fuéramos uno, pero éste lo tomó por otro. O sea. Mientras tanto, había que poner en práctica la teoría de Sandra, "todo vale menos el sexo". Y esa fue la montaña en la que me vine a

estrellar, ni bien salí de la nube.